

¿Aceptas, hija mía?

—¡Ah! madre querida, ¿qué menos puedo hacer que agradeceros tanta bondad?

Sí, acepto.

Que Jerónimo Ruiz trate de atraerme hacia él, y si lo logra, mi mayor goce será el de poder complaceros.

Pero hacédle notar que al presente no siento hacia él ni la menor inclinación, y que mucho me temo no llegar jamás á sentirla.

Madre mía, Jerónimo Ruiz no es mi tipo ni mi ideal. Que no se ofenda de lo que yo no tengo la culpa; que no abuse de la protección que vais á dispensarle; que sea, en fin, tan caballero como vos le creéis.

Aquella larga conferencia terminó confundiéndose madre é hija en un solo y estrecho abrazo.

LIBRO IV

EL AMOR EN LA SOMBRA



Capítulo I

El último sacerdote azteca

Has cartas de Bernardo de Carvajal para D. Alvaro de Silva recomendándole á su supuesta parienta Isabel de Rioja, produjeron todo el buen efecto que sin duda había previsto su autor.

Isabel fué acogida en la casa de aquel con el mayor cariño y entusiasmo.

D. Alvaro, bien lo saben nuestros lectores, estaba dotado de una alma generosa y noble y además era feliz, completamente feliz.

D.^a Ana de Pacheco había cambiado su apellido por el del apuesto y valeroso joven, pues su matrimonio celebrado con una pompa y celebridad casi regias, la convirtió en D.^a Ana de Silva.

La suspirada rehabilitación tuvo al fin su verificativo, habiendo sido previamente cumplidas todas las condicio-

nes que á sí mismos habianse impuesto los dos amantes.

Esto equivale á decir que D.^a María Xochitl y Gonzalo de Alva, lograron al fin recuperar á su hijo, rescatado por Alvaro de Silva y D.^a Ana durante aquella noche cuyos sucesos al fin del tomo precedente referimos.

Atemos los cabos que allí quedaron sueltos.

Cosme el espía fué tan diestro y rápido en herir con su espada española á D. Pedro de Togores y á Alonso de Pacheco, como á su vez lo fué D. Alvaro en dejar sin vida y tendido junto á sus víctimas al asesino.

Igual suerte hubiera tenido el deforme sacerdote Ixtaolzin á no haber tomado decididamente su protección la generosa india Papantli.

Esta se interpuso entre la espada de D. Alvaro y el infeliz sacerdote de Toci, que, renunciando á la defensa que Papantli le impartió, pedia con desesperados gritos la muerte si habian de separarle del hijo de Xochitl.

Hubo un momento en que D.^a Ana, conmovida con aquel dolor tan elocuentemente demostrado, prometió al sacerdote interceder por él con Xochitl y Gonzalo de Alva.

Pero Ixtaolzin, irguiéndose como una serpiente, gritó:

—No, eso no; ¡nunca dejaré de aborrecerlos!

Ante tal contestación, D. Alvaro quiso por segunda vez dar muerte á aquella rencorosa fiera humana, que, sola é inútil y en presencia de los vengadores de sus víctimas, aun osaba amenazarlos, pero una vez más le protegió y salvó Papantli ayudada de D.^a Ana.

D. Alvaro accedió á los deseos de aquellas mujeres, y habiendo ya amanecido, pidió á los indios de la vecindad su auxilio y cooperación, y á los unos encargó apartasen de allí al miserable sacerdote azteca, y á los otros

encomendó el transportar los cadáveres de Pacheco y Togores á la casa que el primero habitó en vida, y en una de sus salas los tuvo expuestos tres días, á fin de que todo el mundo pudiese identificar sus personas y convencerse de su muerte.

Pasados los tres días, los restos de Togores y Pacheco fueron sepultados en la iglesia de San Francisco, cuyos padres los velaron hasta la última hora.

D.^a Ana tuvo el indefinible gozo de devolver á los esposos Alva, su idolatrado hijo.

Muchas precauciones hubo de tomar para ello, pues sabido es que las grandes alegrías no son menos peligrosas que las grandes aflicciones.

Pero todo pudo prepararlo de un modo conveniente, y la entrega se hizo sin que nada turbase la dicha de los interesados.

Papantli consiguió también su deseo de que no se la separase del niño.

Bastó que D.^a Ana dijera que á ella se le debía el haberle recobrado.

D. Luis de Alva, que con la falta del nietecito había estado casi á las puertas de la muerte, recobró como por ensalmo la salud, y juró que no volvería á separarse de él por nada ni para nada.

¡Pobre y anciano abuelito! por poco se vuelve loco de alegría!

Cuado hubieron pasado los primeros momentos de emoción, D. Luis riñó con las más duras palabras que le permitió su felicidad, á su hijo y á la esposa de su hijo, y trató de probarles que primero debieron dejarse matar que haber permitido que los robasen al precioso nietecito.

Casi trastornado, olvidaba las circunstancias en que el robo fué cometido.

El sacerdote Ixtaolzín consiguió con mil dificultades un indio que quisiera servirle de guía y criado.

Quando le tuvo, se hizo conducir al cerro del Tepeyac y en la famosa gruta volvió á esconderse, dispuesto á dejarse morir de hambre.

El venerable custodio de los franciscanos Fray Martín de Valencia, enterado de todo lo sucedido, volvió á intentar convertir á la religión católica al feroz sacerdote.

Sin temor á nada logró penetrar en el templo labrado en el Tepeyac y todo lo intentó para reducir á su enemigo á la fé cristiana.

Siendo por carácter, santo, bueno y amable, sólo empleó en su empresa la dulzura y la elocuencia.

Era el único medio de conseguir alguna cosa de un hombre como Ixtaolzín á quien jamás impuso temor, peligro ni amenaza alguna, fuese la que fuese, é hiciérala quien la hiciese.

Aquella misión de Fray Martín fué un continuo y atroz suplicio para el sacerdote azteca.

La grandeza de alma, la generosidad y la humildad de Fray Martín le atormentaban con su inmensidad.

—¿Cómo es posible,—se preguntaba Ixtaolzín,—que no sea cierto y verdadero lo que este hombre dice con tanta sencillez y tanta fuerza de convicción?

Sí, debe serlo, sin duda lo es, y sin embargo yo no puedo, no debo creerlo.

¡Suplicio atroz el mío!

Adivino, veo la luz y mi conciencia me exige que ante esa luz cierre mis ojos.

Ciudades, pueblo, nacionalidad, todo ha desaparecido:

sólo quedo yo abandonado, ciego, inútil sobre la ruina de la grandeza azteca

Hago lo que sólo pudieran haber hecho los dioses, y ninguno de ellos acude en mi socorro.

Luego quiere decir que yo soy inferior á ellos.

Sí, lo soy: valgo menos que cualquiera otro de mis semejantes, y refundiendo en mí el aliento y el ánimo de todos mis compatriotas, ludo contra lo imposible con la conciencia de que contra lo imposible ludo.

¿Y vosotros, dioses de Anáhuac, hús cobardes ante el nuevo Dios y de tal modo os escondéis que ni yo, último sacerdote vuestro, alcanza á veros?

¿Qué quiere decir esto?

¿Quiere decir que sois más cobardes que yo?

¿Quiere decir que sólo nuestra credulidad pudo hacerlos dioses á los que no lo erais ni podiais serlo?

Pero entonces vosotros, ídolos de Huitzlopochtli, Tezcatlipoca y Toci que aquí estáis, alzados sobre los altares que mi misma mano os erigió ¿quiénes sois? ¿qué sois?

¿Acaso piedras y nada más que piedras?

¿Nada más?

¿No respondéis?

¡Ah! entonces no es justo que permanezcáis á mayor altura que yo, que soy superior á vosotros.

¡Yo os haré bajar á un nivel inferior al mío!

Diciendo esto, el sacerdote buscó á tientas las fuertes cuerdas de que habían estado suspendidos en bárbaro martirio Tlanoc y Tezomotli, y con el mismo lazo que oprimió sus pechos por debajo de los brazos, lazó por el cuello los ídolos de Huitzlopochtli, Tezcatlipoca y Toci,

y uno tras otro fué derribándolos en tierra, y al fin se puso en pié sobre ellos y exclamó con voz de desesperación y triunfo:

—¡Piedras soís, como á tales os trato!

Y de pronto como si alguien hubiese estado pendiente de lo que Ixtaolzín hacía, un coro de infantiles voces al que acompañaban otras más graves y varoniles, se dejó escuchar cantando la siguiente paráfrasis del Salmo CXIII.

Nuestro Dios, que es el sólo verdadero,

Habita y rige el firmamento azul:

Todo á su voluntad está sujeto;

Él es la sola vida, Él es la luz.

Los ídolos que alzó la idolatría

De aquel que no conoce á nuestro Dios,

Aun cuando de oro y plata estén formados

Hechura sólo de los hombres son.

¡Ay! del que de esos ídolos espera

Escuchar lo que nunca han de decir!

Ojos, boca y oídos tienen todos.

Y no pueden ni ver, ni hablar, ni oír.

Ixtaolzín, que mientras el coro había durado se mantuvo atento escuchando sus palabras, al oír la última mesó con ambas manos los canosos cabellos que le quedaban y rugiendo como un león perseguido, salió del salón principal de la gruta y se perdió en la oscuridad de una de las entradas de otras grutas menores.

Cortos momentos después aquella oscura boca de la gruta se iluminó con el resplandor de cien incendios, y una explosión inmensa, colosal, estruendosa, desgajó de

sus lechos los peñascos, y mientras unos se lanzaron al espacio impulsados por una fuerza infernal, los otros cayeron dentro del antiguo templo subterráneo sepultando los tres ídolos derrumbados por el sacerdote azteca.

Nuestros lectores lo habrán ya adivinado.

Ixtaolzín había prendido fuego á los grandes depósitos de pólvora, por él acumulada en las entrañas del Tepeyac.

.....
¡Cuán cierto es que la muerte sólo hiere á sus víctimas cuando Dios se lo permite!

Aquella formidable explosión que hizo cambiar de forma la cima del Tepeyac, no pudo quitar la vida al sacerdote de Toci.

A la luz del día que era clara, purísima, primaveral, pudo verse en medio de un grupo de niños indígenas y padres de San Francisco, á Ixtaolzín que, postrado en tierra, besaba los piés del venerable Fray Martín de Valencia, quien con los brazos levantados al cielo, sin duda daba gracias á Dios por haber hecho la luz en la oscuridad del alma del último sacerdote de la antigua religión azteca.

Capítulo II

La vuelta al hogar

UNA vez que Juan Ponce de León dejó instalar en la casa de D. Alvaro y de D.^a Ana de Silva, á la hermosa y desventurada Isabel, solicitó y obtuvo permiso para trasladarse á Tezcoco, donde su familia continuaba residiendo.

Ducho en lances de amor y galantes aventuras, D. Alvaro comprendió desde luego que el joven Juan Ponce estaba enamorado de su encantadora compañera de viaje.

Y como nada vió en ello que no fuera muy natural, pues uno y otro eran dignos de amarse y ser amados, cuidó con toda la delicadeza que en él era natural, de hacer cobrar á Juan tanta confianza que no se le dificultase visitar su casa como y cuantas veces quisiera hacerlo.

A ello le autorizaban también las cartas de Bernardo de Carvajal, que en su calidad supuesta de pariente de Isabel, le encomendaba su guarda, auxilio y protección.

Juan se puso en marcha inmediatamente para Tezcoco y fué recibido como era natural que lo fuese por su madre y sus hermanos.

¡Pero aun en medio de su placer, cuanta fué su atroz amargura!

Juana de la Cueva estaba casi inconocible.

Sus padecimientos morales no habían podido borrar las huellas de su antigua belleza, pero sí habíanlas opacado.

Abstraída en sí misma, casi no tomaba parte alguna en cuanto en su derredor ocurría.

Las muy raras ocasiones en que dejaba la habitación en que su esposo había muerto, y consentía en dejarse ver en la sala de familia, se hacía traer el gran sillón de cuero de D. Fernando Ponce, y en él se sentaba, y en él permanecía con los ojos cerrados, inmóvil como una estatua, soñando despierta con sus constantes pesadillas.

Juan procuró reanimarla con el relato de su vida de estudiante, de sus afanes para conquistar un título profesional, y de su inmenso gozo una vez logrado esto.

Pero no logró más que convencerse del estado fatal de su pobre madre.

Así lo dijo á sus hermanos cuando hubo quedado solo con ellos.

—No hay esperanza,—repuso con indefinible amargura,—el día más inesperado, quizá cuando se crea que ha mejorado, le sobrevendrá un ataque que si la deja con vida, borrará de su juicio las últimas huellas de su razón.

—No sería conveniente,—se atrevió á preguntar la buena Esperanza,—hacer salir á nuestra madre de la habitación que ocupa, y que tiene llena de objetos que no pueden permitirle dejar de tener ni un instante solo, vivo, casi tangible el recuerdo de nuestro padre?

—No lo creo,—contestó Juan;—en el desesperado estado en que se encuentra, la falta de la contemplación de esos objetos podría, tan sólo, apresurar la fatalidad del ataque de completa enajenación.

—¡Pero Dios mío! es que tú no sabes, Juan, cuán horribles son los accesos que sufre en esa habitación.

Piensa que el lecho en que duerme, es el mismo en que murió nuestro padre.

A lo mejor de la noche, cuando su sueño debería ser más profundo, salta de ese lecho, gritando que es demasiado estrecho para dos cadáveres, y que ella nocabe en él.

En vano procuro, yo que á su lado duermo, tranquilizarla y hacerla ver que no es cierto que en su lecho haya cadáver alguno, y menos aun dos.

«Qué,—me pregunta espantada,—he dicho dos? ¿lo has oído tú?

»Sí,—le contesto;—habéis dicho dos, madre mía.

Y entonces crece su exaltación, y mirando en torno suyo con terror indefinible, suele decirme:

«¡Mentí, mentí! no lo digas á nadie: el segundo cadáver es el mío, el mío, nada más que el mío.»

—¡Pobre madre! ¡cuán terrible es la locura de amor!

—El amor, ¿eso puede hacer el amor?—preguntó Esperanza con inocente curiosidad.

—Sí, hermana mía,—contestó Juan,—eso puede hacer el amor, cuando una desgracia corta el hilo misterioso que liga entre sí dos corazones.

«Guárdate de él, hermana mía.

Ningún sentimiento humano reúne y concierta como el amor la más grande felicidad y el más extremo infortunio.

Él inspira y desenvuelve en el alma las mayores virtudes; él suscita é impulsa en el corazón los mayores crímenes.

Su distintivo es la venda que pone delante de los ojos á todos los que aman.

¡Desventurado del que amando se encuentra al borde de un precipicio!

En él caerá irremisiblemente.

—Pero ese no es, hermano mío, el caso de nuestra madre.

—Lo es en uno de sus dos efectos.

Nuestra madre ha sucumbido al exceso con que se ha entregado al dolor de la pérdida de nuestro padre.

El amor es esencialmente egoísta, y nuestra madre no ha visto que el amor á su esposo podía tener digno empleo, el acrecentar el de sus hijos.

¡Pobre madre! yo os lo digo, hermanos míos; amémosla mucho, porque son muy contados los días que permanecerá entre nosotros.

Dulcifiquemos con nuestro más acendrado cariño su martirio de amor.

¡Cuánto, sin duda, mereció ser querido nuestro padre; cuánto, sí, pues tal pudo trastornar á madre su dolorosa pérdida!

Un grito amargo, prolongado, desgarrador, que Juana dejó escapar desde la habitación en que habíase recogido, obligó á Esperanza á levantarse y correr en auxilio de su pobre madre.

Juan y sus hermanos Alvar y Rodrigo, salieron también en pos de ella.

Por fortuna el acceso pasó sin accidente grave.

Esperanza quiso permanecer al lado de Juana, y los tres varones volvieron á la sala de familia.

Juan deseaba tener pormenores de la situación que todos guardaban.

—Mala, muy mala,—contestó Alvar.

Nuestras escasas tierras producen apenas lo muy necesario para no morirnos de hambre.

Esperanza, Rodrigo y yo, hacemos cuanto en nuestra mano está para arrancar al trabajo nuestro premio; pero la suerte es nuestra principal enemiga.

Ahora mismo lamentamos la pérdida de la última cosecha, y nuevos disgustos nos esperan, pues contando con ella, solicitamos y obtuvimos algunos adelantos de dinero, que nos hallamos en la imposibilidad de pagar.

—¿A cuánto asciende esa deuda?—preguntó Juan.

A mil quinientos ducados, ó sean más de ochocientos pesos como en estos reinos se dice: esa cantidad, ó poco, muy poco más, será la que produzca la venta de la escasa cosecha que hemos levantado, pues todo lo demás se ha perdido.

En ese caso consolaos, hermanos míos.

Traigo de España dos mil quinientos ducados, importe de mis economías de estudiante.

Pagaremos los mil quinientos, y aun nos quedarán otros mil más, y el producto de la cosecha.

—¡Eso no es posible!—contestó Alvar.

—¿Por qué no lo es?

—Nada te hemos podido mandar en los últimos años

para que siguieras tus estudios; no debemos privarte de lo que es tuyo, exclusivamente tuyo.

—¿Qué quiere decir eso de *tuyo*?—preguntó Juan con cariñoso acento de reconvencción.

¿Acaso entre hermanos puede haber la distinción de tuyo ni mío?

Pero ya que no á vosotros, ¿podéis negarme el derecho que tengo de ayudar á mi madre y á mi hermana?

No hablemos más de eso: mañana pagaréis esos mil quinientos ducados, y volveremos á ser únicos dueños de nuestra miseria.

Si no admitis, entenderé que me negáis el derecho de vivir en mi casa, y mañana mismo saldré para no volver á ella.

Alvar y Rodrigo abrieron sus brazos al excelente Juan, que á su vez los estrechó enternecido contra su corazón.

—Y ahora,—dijo,—es indispensable ver como trabajando los tres de concierto, procuramos, si no enriquecernos, al menos vivir con algún mayor desahogo.

El mejor día Esperanza puede entrar en deseos de casarse, y es preciso que le formemos una dote razonable.

—Pobre Esperanza, — exclamó Rodrigo, — jamás se casará.

—¿Por qué razón.

—Estamos, hermano Juan, en el país de la plata y de los tesoros fabulosos, y nadie se acuerda del pobre; ni casa con mujer que no sea rica: bien es verdad que tampoco las mujeres quieren para maridos á los hombres pobres.

Ahí tienes por ejemplo á Alvar.

—Te he prohibido hablar de eso, Rodrigo,—observó Alvar con acento más de tristeza que de enfado.

Rodrigo, tomando un aire de brusca energía, respondió:

—Tu prohibición no puede tener fuerza ni valor tratándose de enterar á un hermano nuestro, de asuntos que á todos nos importan.

—¿Qué puede importaros lo que es asunto único y exclusivamente mío?

—Será lo que mejor te plazca, pero no por eso dejaré de enterar á Juan de que amas á Catalina de Cardona, hija de la condesa de Peralta, es decir á la hija del mayor enemigo que han tenido y tienen los Ponce de León.

—¿Rodrigo!—exclamó Alvar con acento dolorido,—¿quieres con esa advertencia hacer participe á Juan del rencor que contra mí abrigas?

Rodrigo se levantó del asiento que ocupaba, en actitud tan poco tranquilizadora, que Juan creyó necesario intervenir en la naciente disputa para obligarle á moderarse.

Aquel temor y sobresalto era fundado hasta cierto punto.

En los trabajos del campo, expuesto á las inclemencias del aire libre, exasperado sin duda por las contrariedades de la suerte, Rodrigo tenía una fisonomía que, sin dejar de ser hermosa, acusaba cierta rudeza y aun ferocidad en sus rasgos.

Habíase á la vez desarrollado hasta el extremo de parecer un gigante.

Sus ojos grandes y negros tenían una mirada dura, penetrante y provocativa.

Pero en aquel caso su encono era casi aparente.

No era necesaria bajo ningún aspecto la mediación de Juan.

Capítulo III

Los dos hermanos

ALVAR no demostró conmoverse con la actitud de su hermano Rodrigo, y no imitó á sus hermanos en dejar el asiento que ocupaba.

Sin dejar de ser en figura casi idéntico á Rodrigo, era no obstante mucho más varonilmente hermoso que él.

Ninguno de sus hermanos, era, como Alvar, tan parecido á su padre el marqués D. Fernando Ponce de León.

Los rasgos fisionómicos que en Rodrigo acusaban una rudeza casi salvaje, estaban dulcificados en la de Alvar, denunciándole no como rudo sino como enérgico.

Era también su mirada firme y penetrante, pero podía tomar con facilidad un tinte dulce, melancólico y sentimental.

Alto y fornido, su cuerpo era, sin embargo, elegante, flexible y lleno de majestad.

Era, por último, Alvar mucho más cuidadoso de su persona que su hermano Rodrigo.

Éste, sin poner atención en la actitud temerosa de Juan dirigiéndose á Alvar, le dijo:

—Eres un ingrato, Alvar, y lo eres á sabiendas de que te falta motivo para serlo.

Brusco y casi salvaje como soy, quiero con todo mi corazón á mi gente, y á tí tanto como á cualquiera de ellos.

No es por lo tanto una provocación la que te hago al recordarte que Catalina es hija de nuestro mayor enemigo.

Libre eres para poner tu amor allí donde mejor te acomode.

Juan ha dicho que el amor es la reunión de la más extrema felicidad y del más lato infortunio.

Por evitarte el segundo quisiera ver que sacrificabas lo primero.

Pero si no puedes hacerlo, deja, si así lo quieres, que te arrastre y atormente como á nuestra madre la locura de amor.

—Pero en resultado,—interrumpió Juan,—¿podré yo saber á ciencia cierta de lo que se trata?

—Yo lo diré,—respondió Alvar imponiendo silencio á Rodrigo que se preparaba por su parte á contestar.

—Yo lo diré,—repitió,—pues hasta hoy no tengo por qué avergonzarme de mi conducta.

Capullo que algún día se abrirá en flor de esquisitos colores y embriagadores perfumes: eso es la bella hija del mayor enemigo de los Ponce de León.

Cinco meses hace que, casi diariamente, pasa ante mi vista, absorta en su admiración, jinete en un caballo de

pura raza que parece recrearse en beber los vientos galopando bajo el dulce peso de su dueña.

Caen en flojas trenzas sobre sus espaldas, sus cabellos dorados como un rayo de sol primaveral, más ricos de por sí que las sartas de menudas perlas que con ellos se entrelazan, orgullosas de verse engarzadas en aquel rico oro humano.

Los rasgos delicados de su rostro virginal participan de la dulzura de sus miradas, que brotan de sus ojos, más azules que el cielo espléndido que nos cobija.

Asoman entre la regia púrpura de sus labios, revelados por su amable sonrisa, sus dientes, blancos y menudos como los dientes de un niño.

Su fisonomía amable y franca, seduce por resuelta, é impone por su digna altivez y natural majestad.

Quizás ella ha conocido el mágico efecto que en mí produce su presencia; quizás, tal vez soy un loco, la mía no le desagrada, pues jamás deja de acercarse lo más que puede al campo donde yo trabajo, para recibir mi saludo respetuoso, que ella, con una dulce sonrisa corresponde y paga en más de su valor.

Fuera de las absolutamente indispensables para mi saludo, jamás atravese con ella palabra alguna, ni jamás la he buscado fuera de los límites de nuestros campos.

Dí tú ahora, Juan, dílo también tú, Rodrigo, si en este sentimiento dulce de mi alma, existe algo que no sea natural, noble y digno.

¿Creeis que amo á Catalina?

No lo sé, pero tampoco diré que no llegue á ser posible.

¿Creeis que en amarla obraría mal?

Tampoco lo sé; mas si en efecto llegase á amarla por

nada ni ante nada retrocedería, así pudiera atraer sobre mí los mayores infortunios.

Ya sabes, Juan, de lo que se trata; ya sabes, Rodrigo, cual es á este respecto mi decisión.

Ahora con igual franqueza, respondedme: ¿lo desaprobadis?

—Yo, sí;—contestó Rodrigo, con su brusquedad natural.

—¿Puedes decirme los motivos?

—¿Acaso son secretos para nadie?

Nuño López de Cardona fué nuestro enemigo; continúa siéndolo la condesa de Peralta; es probable que su hija Catalina lo sea á su vez.

—Y aunque así fuese; ¿crees tú que los Ponce de León pueden arredrarse por enemistades de mujeres?

—Bien funestas han sido hasta hoy para nosotros las enemistades de la condesa.

—No las de ella, sino las de los miserables jueces que en aras de su adulación á la condesa, han sacrificado á los pobres y á los humildes.

Pero aun cuando así no fuese; ¿podríamos fundadamente hacer de ello ni participe ni responsable á Catalina?

—Inútil es pretender convencerte de cosa alguna en contrario: la amas; estás ciego por ella, y todo lo crees posible, hasta que ella pueda amarte.

—¿Habría algo de extraño? ¿No somos nobles como ella? ¿no soy yo marqués?

—¿Infeliz! ¿dónde están las rentas de tu marquesado?

No Alvar; no será tu título lo que pueda traerla á ti.

No; ¿Catalina no podrá amarte, Catalina ama á otro!

—¿Cómo lo sabes!—exclamó Alvar en el colmo de la

désesperación;—no, ¡tú no lo sabes, no puedes saberlo, no puede saberlo nadie!

—Sé,—contestó Rodrigo,—lo que se comienza á decir en Tezcoco y he sabido esta mañana en el mercado.

Sé que la condesa ha hecho venir de España á un sobrino suyo, gran caballero, nombrado Jerónimo Ruiz, quien se encargará de administrar los bienes de la condesa en tanto se arregla su boda con Catalina.

Esto es cuanto sé; ¿no te parece bastante?

Alvar no contestó, limitándose á pasar su mano por su frente, cual si de ella hubiese querido borrar un mal pensamiento.

Rodrigo, que no había apartado su vista de los ojos de su hermano, algo leyó en ellos que le hizo sonreír de un modo siniestro, y afectando la mayor naturalidad puso término á aquella conferencia, invitando á Juan á pasar á la habitación que para hospedarle estaba preparada; pero antes de salir se acercó á Alvar y en voz baja le dijo:

—Espérame aquí: volveré en cuanto haya dejado á Juan en su cuarto.

Alvar esperó á su hermano que en efecto no tardó mucho en estar de vuelta.

—¿Qué me quieres?—preguntó á Alvar.

—Ponerme de acuerdo contigo para conjurar el mal que nos amenaza;—respondió Rodrigo.

—No te comprendo.

—Pero sí yo á ti, Alvar. No lo niegues; al enterarte de la próxima boda de Catalina, algo ha pasado por tu imaginación que yo he leído en un relámpago de tus ojos.

—¡Te engañas!—contestó Alvar con mal fingida entereza.

—No me importa que lo niegues: te conozco bien: sé á qué atenerme.

Los celos harán en tí lo que tu amor quiso impedir que hicieras.

Entre la familia Ponce y la de López de Cardona no puede dejar de existir el odio.

Ningún bien hay que esperar de ella, imitémosla y dejemos de ser como lo hemos sido hasta hoy sus víctimas humildes, sólo porque tú lo has querido.

Porque, sábelo Alvar; á la vez que la próxima boda de Catalina, se me ha notificado que la condesa ha hecho venir á Jerónimo Ruiz, para contar con hombre que de nosotros la defienda.

—¿De nosotros?

—De nosotros, sí: á fuerza de decir que los Ponce de León conspiran contra ella y sus intereses, la condesa ha llegado á creerlo.

—¡Ay de ella si á mayor enemistad nos provoca hiéndonos en nuestro honor!

—Así lo hará; así lo ha hecho, por mejor decir.

Para nadie es un secreto el móvil de la venida de Jerónimo Ruiz.

Defender á la condesa y á sus intereses de nuestro supuesto bandidaje.

—¿Pero qué es á lo que esas gentes quieren lanzarnos?

—A lo que hace mucho tiempo debimos haber hecho.

Los bienes de la condesa nos pertenecen de derecho.

Lo he consultado.

Nuestro tío Bernardo Ponce de León no tuvo derecho para hacer lo que hizo.

Nuestro padre no quiso reclamar; nosotros haremos lo que él no quiso.

—Rodrigo, sueñas con imposibles: en el estado de miseria y humillamiento en que nuestra pobreza nos tiene, los jueces no harán caso de nosotros.

—Entonces, apelaremos al otro medio que nos queda.

—¿Cuál?

—El de hacernos por nuestra propia mano la justicia que se nos niega.

—¿Cómo?

—Llamando á la muerte en nuestro auxilio.

—No te entiendo.

—Escucha,—dijo Rodrigo con sombrío y feroz acento; —bien sabes que Catalina es con exceso aficionada á beber los vientos, confiándose al vertiginoso galope de su brioso caballo: será lo más fácil hacer creer que su caballo puede haberla matado, al pasar, por ejemplo, por debajo de una rama á la altura de la frente de su arriesgada dueña.

—¡Oh! ¡nunca!—exclamó Alvar horrorizándose;—á ese precio renuncio de buen grado á la riqueza.

—Bien está, haz cuenta entonces de que nada he dicho.

Pero si alguna desgracia nos sobreviene este ó el otro día no te quejes, Alvar.

—Que venga, Rodrigo: me encontrará como siempre resignado.

—Allá lo veremos y quizás no muy tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Que hasta hoy has tenido para todo fuerza, porque la encontrabas en tus ilusiones.

Pero las cosas han variado y tus ilusiones están amenazadas de muerte.

Catalina.....

—¡Oh! ¡Rodrigo, no la nombres; no acrescites mi desesperación!

—¿Quieres engañarte en lo que no cabe el engaño? Yo no debo consentirlo: tu alucinación nos ha sido hasta hoy bien perjudicial.

Mil veces se me ha ocurrido enterrar una bala de mi mosquete en el corazón de la condesa, que desvela su ingenio en buscar pretexto para mortificarnos y dañarnos.

Tú lo has impedido siempre, por consideración á Catalina, á quien amas con sin igual ceguedad y á la cual no has tenido inconveniente en sacrificarle.

—¡Rodrigo!

—Escucha hasta el fin; es la primera y será la última vez que de esto te hable.

Al morir nuestro padre nos dejó un grato ejemplo que imitar.

El inmenso cariño que siempre le unió á nosotros.

Hasta hoy todos le hemos seguido y le seguiremos en lo de adelante.

Esta dulce obligación de amarnos, lleva inscrita en sí la de velar los unos por los otros.

Yo te juro cumplirla muy especialmente respecto á ti.

Ama á Catalina, sea en buen hora; me disgusta, pero no me opondré.

Pero lo que los Ponce de León aman debe ser suyo á toda costa, ó al menos, si eso no es posible, lo que ellos aman no debe ser de un ajeno.

Catalina será tuya ó no lo será de ningun otro.

Yo lo juro.

—¡Rodrigo!—observó Alvar,—agradezo tu interés hacia mí, pero te conjuro á desistir de tu propósito.

Yo también soy un Ponce de León, y por serlo no necesito del favor de nadie, ni de tí que eres mi más querido hermano. Bastantes espectros moran ya con nosotros esta casa.

—¿Qué vas á decir?

—Lo que quisiera que nunca hubiera bajado de mi pensamiento á mis labios.

—Habla.

—La locura de nuestra madre no es, como dice Juan, una locura de amor.

En sus accesos supone descubrir en las ropas de su lecho y en el piso de su habitación manchas de sangre.

Bajo un cielo sin nubes como fué el que cobijó los amores de nuestros padres, no caben tales manchas.

En esta casa se ha cometido un crimen.

¿Por quién, cómo y en qué circunstancias?

No lo sé, ni debo averiguarlo.

A los Ponce de León se achacó la muerte de Nuño López de Cardona.

Nada pudo probárseles.

Y sin embargo mi madre vé en su locura manchas de sangre.....

No, Rodrigo, cualquiera que haya de ser la suerte que á mi amor esté reservada, no debo fiar á un crimen su remedio.

Procuremos no despertar á los muertos.

—Quiere decir que si Catalina se casa con Jerónimo Ruiz, harás.....

—No sé lo que haré, pero si la desesperación llegase á cegarme, si alguien hubiese de morir.....

—Te matarás á tí mismo, ¿no es cierto?

—¡Tal vez!—contestó sombríamente Alvar.

—¡Ah! tú mismo has dictado la sentencia de tu rival!

—¡Rodrigo!

—¡Alvar! lo repito; lo que los Ponce aman no debe ser de otro hombre. No lo será, yo lo juro; aun conservo para cuando la ocasión se presente, la misma daga que abrió á López de Cardona las puertas de la eternidad!

—¡Rodrigo! ¡luego fuiste tú!

—¡Sí: yo fui!—contestó Rodrigo con fuerza.

—Tú fuiste entonces quién causastes la muerte de nuestro padre y la demencia de nuestra madre.

—No lo sé.

—¡Que no lo sabes!

—No lo sé, repito: yo me limité á dar muerte á Nuño López de Cardona al pié de la escala por la cual descendió saliendo del aposento de nuestra madre.

—¡Rodrigo, vé lo que dices!

—Digo lo que ví.

—Pero entonces nuestra madre.....

—¡Calla Alvar!—exclamó Rodrigo rugiendo como una fiera y tapando con su diestra la boca de su hermano:—¡ay de quien se atreva á sospechar de ella, sea quien fuese!

—Tienes razón,—observó Alvar cuyo semblante encendían de vergüenza, la cólera y el odio;—entre los Ponce de León y los Cardona no puede existir otra pasión que la del odio.

—¡Ah! ¡al fin! gracias, Alvar; vuelves por el honor de tu nombre.

Y ahora escucha: sabe los pormenores de la muerte de Cardona.

—¡No, no: no quiero saberlos! Podría encontrar en

ellos algo que para disculparle sirviera y no quiero disculparle.

—Pero es que.....

—¿Aun hay más?—preguntó Alvar con amargura.

Dilo de una vez aun cuando deba romperse en pedazos mi corazón.

—¡Quizás!

¡Nuestra madre, Esperanza lo dice, en sus accesos habla de dos cadáveres!

—¡El de nuestro padre, Rodrigo, el de nuestro padre por piedad! no busques otro ¿no te basta con uno? ¿Quién puede ser el otro?

—¿Recuerdas aquel pariente de nuestros padres que una noche se hospedó en esa habitación que hoy lo es de mi madre?

—¡Oh! sí, ¡desgraciados de nosotros, Rodrigo! yo como tú he sospechado que aquel hombre no dió voluntariamente á nuestro padre los veinte mil ducados con que satisfacimos la deuda que mi padre tenía con Cardona. Sabes tú.....

—Sé lo siguiente,—dijo Rodrigo que acto continuó refirió á Alvar lo que él sabía de los sucesos de aquella funesta noche en que perecieron á manos de los Ponce, el inocente Felipe de Ríoja, y el criminal Nuño López de Cardona.

Capítulo IV

Una sospecha de García del Pilar

DASARON algunos días sin que durante ellos ocurriese novedad alguna digna de especial mención.

Mas no fué muy durable aquella calma.

Los Ponce de León estaban condenados á no encontrarla jamás.

Y como si aun no tuviese bastante con la enemistad de la opulenta condesa, otra no menos terrible vino á suscitarnos la privilegiada juventud de Esperanza.

Y decimos que tal enemistad hizola nacer la juventud de Esperanza, porque de su belleza enamoráronse á la vez dos hombres que nada bueno habían de traerle.

Fueron esos dos hombres el bajo y miserable García del Pilar y el atrabiliario Diego Delgadillo.

Reunidos ambos en el despacho particular del primero, dijole el segundo:

—No he visto, créelo, belleza más atractiva ni salvaje.
—Sospecho, García del Pilar, que no eres tú quien menos enamorado andas de ella.

—Y sospecháis muy bien, Delgadillo.

—En ese caso, mal podrás poner todo el empeño necesario para conseguirme de ella una cita.

—Os repito que lo creo de todo punto imposible.

—¿El que tú pongas el empeño necesario, ó el que ella acceda?

—El que ella acceda.

—Lo repito; no le habrás dicho lo que te encargué.

—No se lo he dicho, en efecto.

—¿Lo ves?

—Pero no ha sido mía la culpa.

—¿De quien entonces?

—De ese par de fieras que Dios le ha dado por hermanos.

—¿Les tienes miedo?

—No suelo tenerlo ó al menos no me acuerdo de haberle usado en mi vida, y sin embargo...

—No sabes si ahora se lo tienes á esos hombres.

—Es la verdad.

—Veo que comienzas á no servir para nada bueno.

Pero si es así, dílo, y yo veré si logro lo que tú no puedes conseguirme.

—No os aconsejo que lo hagáis.

—¿Por qué?

—Porque esos maldecidos Ponce son, lo repito, una especie de fieras, y tanto que vengo á proponeros una cacería en debida forma.

—Explicatelo.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—La de envolverlos en algún proceso que nos autorice á meterlos por primera providencia en la cárcel.

—No me agrada ese medio de conquistar mujeres.

Aunque muchos lo duden, soy caballero, al menos con las damas, y no sería por cierto muy galante...

—Sé lo que vais á decir y como no viene al caso, os invito á no proseguir diciéndolo.

No se trata de cometer á tontas y locas un atropello injustificable, por más que no sería el primero que cometiésemos.

—Es verdad; pero en el caso presente tampoco se trata de una víctima vulgar, que no esté al tanto de los usos de la gente de pró.

Los Ponce de León son nobles, y nobles españoles.

Su pobreza no disminuye el valor de sus nobles antecedentes.

Muchas páginas de la historia de nuestra patria están llenas con el relato de las hazañas del fundador de esa familia.

—Válgame Dios, Delgadillo, que ni quién os entienda.

Cualquiera que os oyese os juzgaría el mejor amigo de los Ponce.

—Te digo, Pilar, que lo cortés no quita á lo valiente.

—Así lo creo, y en tal caso vale más que dejéis por la paz...

—¿Desistir de tener en mis brazos á la hermosa Catalina? ;nunca!

—Pero entonces, aceptad mis planes según os los propongo.

—¿Atropellar á los Ponce?...

—Repito que no se trata de un atropello injustificable.

—Eso sería otra cosa: ¿han significado de algún modo ser partidarios de Hernán Cortés?

—Algo peor que eso.

—¿Son acaso partidarios del electo y como él, tratan de levantar la tierra contra nosotros?

—Tampoco es eso; pero dejadme hablar y os diré lo que hace al caso.

—¡Habla pues, con cien mil de á caballo!

—Los Ponce de León con todo y su nobleza, son unos asesinos y unos ladrones.

—¡Imposible!

—Me dejaréis hablar ó no?

—Prosigue.

—Habéis de saber, amigo Delgadillo, que desde hace algunos días tenemos en México un magnífico ejemplar de las más bellas mujeres que produce Andalucía.

—¿Una paisana mía?

—Hasta cierto punto.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que esa nueva hermosura, ni es de Granada como lo sois vos, ni tampoco de Sevilla, que es de donde viene.

—¿De dónde entonces?

—Parece que nació en Cuba.

—No entiendo entonces qué tenga que ver con Andalucía.

—Tiene el que allí se ha educado y formado, al extremo de que no parecería más andaluza si hubiese nacido en el corazón de Andalucía.

—¿Quién es ella.

—Dice llamarse Isabel de Carvajal.

—¿Cómo que dice?

—Si; así dice llamarse ella; pero casi podría jurar que cuando menos su apellido, no es el que lleva.

—¿Qué te induce á creerlo así?

—Voy á deciroslo.

La llamada Isabel de Carvajal se halla hospedada en la casa de D. Alvaro y D.^a Ana de Silva.

—¿Es parienta de esos famosos partidarios de Cortés?

—No, pero les viene recomendada de un modo muy eficaz por un íntimo amigo y camarada de D. Alvaro.

—¿Se llama?

—Bernardo de Carvajal.

—Le conozco: le traté en la corte del emperador, y le ví en Sevilla cuando nos embarcamos para estos reinos.

Es un rico y noble hombre, de quien Jerónimo Ruiz me habló mucho durante la navegación, y aun me dijo que en algún tiempo le había unido con él una estrecha amistad.

—Pues bien, á lo que esa hermosa mujer dice, Bernardo de Carvajal es su pariente.

—En ese caso es necesario que yo visite á esa dama. Bernardo de Carvajal goza de mucho favor en la corte.

—Pues si queréis no indisponeros con él, no la visitéis.

—No comprendo la razón: ¿cuál es ella?

—La de que Isabel de Carvajal es hermosa y atractiva sobre toda ponderación.

Y como sea que vos tenéis el defecto de enamoraros de toda mujer hermosa, podríais prendaros de ella y cometer cualquiera fechoría.

—¿Tan hermosa es?

—Lo bastante para hacer perder la cabeza á cualquiera.

—¡Magnífico! pero ya trataremos de eso: prosigue tu cuento.

—Repito que está hospedada en la casa de los Silva, á los cuales visito con frecuencia, ya porque D.^a Ana es una mujer de irresistible atractivo, ya porque conviene estar al tanto de lo que en D. Alvaro crece la poca simpatía que le merecemos.

Allí he conocido á Isabel de Carvajal del modo y manera siguiente:

Al entrar yo y dándome apenas tiempo para saludarme, D. Alvaro dijo:

—La casualidad os trae en el más oportuno momento; venid, García del Pilar.

—¿De qué se trata?—dije yo.

—Se trata, dijo D. Alvaro, de dar á esta dama, que os presento, unas noticias que desea tener.

Yo me apresuré á ofrecerme para cuanto pudiera necesitar una tan hermosísima mujer.

—Se trata,—continuó diciendo Alvaro de Silva,—de informar á esta dama acerca del paradero de un tal Ismael Farfán, mercader de la Española, que se cree pasó á estos reinos hace algún tiempo, años quizás.

—Le conocí en efecto,—contesté;—era un judío que no tenía partidas de tal, como lo prueba el hecho de que había venido á estas tierras en busca de un socio suyo, al cual quería encontrar para hacerle entrega de una gran fortuna que como á dicho socio suyo le correspondía: entiendo que el dicho socio, español y cristiano viejo, se llamaba Felipe de la Rioja.

Al pronunciar yo este nombre, Isabel de Carvajal palideció hasta el blanco de la cera.

—¿Os ponéis enferma?—le pregunté.

—No, no es nada, proseguí,—contestó ella.

Proseguí en efecto, diciendo:

Ismael Farfán me buscó por recomendación de... no me acuerdo de quién, para que le sirviese de intérprete con los indios, por el conocimiento que de su lengua tengo.

Quería buscar á su socio aun entre los mas salvajes de los indios enemigos de los españoles.

No fué necesario, porque Ismael Farfán, supo por los Ponce de León, parientes de Rioja, que el dicho Felipe sólo un día había permanecido en esta tierra y regresado á España.

Ismael no esperó más, y á su vez tomó de nuevo el camino para Veracruz y no volví á saber de él.

Dije esto y callé, pero fijo siempre en el hermoso rostro de Isabel, de nuevo llamó mi atención su extrema palidez.

—Aunque lo neguéis,—dije,—os sentís mal.

Ella contestó:

—Sí, es cierto; pero no es nada.

Los pormenores que me habéis dado, traen á mi memoria recuerdos de una buena amiga que dejé en España.

Esa amiga es hija de ese Felipe de Rioja que habéis nombrado.

—¿Le conocéis?—le pregunté.

No, no le conocí,—respondió Isabel afectando una tranquilidad que á mi juicio estaba lejos de tener;—no le conocí: hace años que mi amiga no ha vuelto á ver á su padre, y aun sospecha que fué asesinado en estos reinos.

—¿Asesinado!—repetimos todos los circunstantes.

—Sí.

—¿Por quién?

—Hé ahí lo que no sabe mi amiga; pero la causa sospecha que haya sido la de robarle.

Mi amiga cree recordar que cuando su padre salió de la isla Española, donde yo, como ella, nací también, sacó consigo unos veinte mil ducados en oro.

—¿Hacia qué época fué eso?—pregunté yo.

—Poco despues de conquistado este imperio por don Hernando.

Hasta aquí llega todo lo que de aquella conversación merece ser referido, pues el resto de ella no tuvo ya importancia de ninguna especie.